

## Afinar el arte

### *Espiar a los felices*

JAVIER ZAMUDIO  
Fondo Editorial Universidad Eafit,  
Medellín, 2016, 133 pp.

AL ABORDAR un nuevo volumen de cuentos, lo que espera el lector atento es encontrar una nueva visión del mundo. Una singularidad, algo por lo cual cada uno de los cuentos se distinga de entre la maraña de los que se publican a diario en todos los formatos. Así, al comenzar la lectura de algunos cuentos de *Espiar a los felices*, del escritor caleño Javier Zamudio, trato de buscar esa visión, un estilo, algo que ya tenga decantado el autor en sus años de dedicación al oficio.

La presentación en la solapa del libro deja claro que Zamudio publicó algunos cuentos de este volumen en revistas como *El Malpensante*, *Número* y *Odradek*, entre otras. Ha ganado premios de cuento en la Universidad del Valle y fue finalista en el Premio Internacional de Poesía sobre la Paz de Colombia. Este sería además su tercer libro publicado. Con los antecedentes se piensa que, citando a Juan Bosch en su texto titulado “Apuntes sobre el arte de escribir cuentos”, Zamudio tendría la capacidad de “mantener vivo el interés del lector y por tanto sostener sin caídas la tensión, la fuerza interior con que el suceso va produciéndose”. No encuentro sin embargo dicha fuerza en algunos cuentos. De los trece que componen el libro, puedo decir que solo cuatro son de buena factura.

Siguiendo con Bosch, es notable lo que apunta en el texto ya mencionado: “Aprender a discernir dónde hay un tema para un cuento es parte esencial de la técnica”. Algo muy similar a lo que dice la cita latina a la que se refiere Umberto Eco en *Confesiones de un joven novelista*: “Rem tene, verba sequentur” (“Si dominas el tema, las palabras vendrán solas”). Y es trascendente porque puede haber infinidad de temas, pero no es lo mismo un cuento que una anécdota. Así pues, esa tensión narrativa, la técnica depurada, no se nota en algunas historias del libro.

Otra forma de detectar los buenos cuentos, si nos atenemos a quienes perfeccionaron el arte y aventuraron

una teoría, sería la que plantea Flannery O'Connor: “Un cuento es bueno cuando ustedes pueden seguir viendo más y más cosas en él, y cuando, pese a todo, sigue escapándose de uno”. Ricardo Piglia, en un texto suyo muy conocido, titulado “El jugador de Chéjov. Tesis sobre el cuento”, menciona algo similar pero en otras palabras. Para Piglia, “un cuento siempre cuenta dos historias”, es decir, una historia visible y una escondida, que suele aparecer al final y es lo que se llama el elemento sorpresa.

Me referiré primero a algunos de los cuentos de Zamudio que poseen características propias del género —manejo de personajes, atmósferas sugerentes, suspenso o intriga (aunque estos últimos no son indispensables)— y que resultan ser los más logrados. “La mejor noticia de su vida”, por ejemplo, le plantea retos al lector. Se nota en esta historia el dominio de la técnica y la habilidad para manejar la tensión. En ella, Juan, el protagonista, recibe a través de una llamada telefónica la mejor noticia de su vida. Hay varias acciones en el relato, pero el narrador nunca dirá exactamente qué le han comunicado. Es un juego que sirve además como elemento de enganche.

Otro buen cuento del volumen es “Vuelta de tuerca”, pues Zamudio intenta un poco de humor —ausente en los demás—. Leandro y Laura son pareja y desean dejar el Partido Comunista para conseguir trabajo. Están convencidos de que el no hacer nada los hace caer en el ocio. En el cuento hay una burla hacia los discursos desgastados de la izquierda:

Vamos a buscar trabajo —completó Leandro—, porque no podemos ser verdaderos comunistas más que desde nuestra posición como proletarios, sin los beneficios de la burguesía, que solo se dedica a lo puramente racional, pero esto conlleva inevitablemente vivir en un estado de pereza y autocomplacencia que conduce al fascismo. El verdadero héroe comunista es el pueblo trabajador (...). (p. 62)

Lo anterior se lo dice Leandro a su hermano Ray, quien vive con su esposa Guadalupe y su hijo. Son personas con un nivel de vida notable, gente de clase

media alta con suficientes comodidades como para preocuparse poco por el resto del mundo. Lo que sucederá es, como en ciertas tramas circulares, que la pobreza en la que están Leandro y Laura será la misma en la que caiga Ray después de dejarlo todo e irse a África para salvar el mundo. La historia tomará un giro bastante atractivo, risible incluso. Zamudio, además, deja ver lo tóxico de la radicalización de algunos discursos políticos.

En “¿Azar o destino?”, el autor caleño recrea un fallido intento de asesinato de un coronel conservador a manos de un comunista. La historia, que puede estar recreada en una Colombia de mediados del siglo XX, se presta para que el autor exponga sus posturas políticas y religiosas. Tiene suficientes ingredientes para atrapar al lector, pues va a un ritmo vertiginoso, mezclando sospecha, secretos, ilusiones, hasta desembocar fatalmente en la decepción.

Desde el inicio del cuento “El fracaso del amor” se intuye un conflicto. Al narrador le gustan los gatos, y Ana, su pareja, los odia. Un día, el hombre encuentra uno al salir de su casa hacia el trabajo. Al final de la jornada le pregunta a su mujer si es posible que el gato esté en casa, pero ella recalca su animadversión hacia los felinos. La pareja tiene diferencias, cada instante el hombre quiere deshacerse de su mujer y lo manifiesta: “Se puso de pie, recogió los platos y los llevó a la cocina. La observé caminar e imaginé que resbalaba y caía de repente en el corredor, se fracturaba una pierna o se rompía un brazo y la clavícula” (p. 48).

El conflicto ya tiene suficientes ingredientes para producir un cuento atractivo. Todo confluye en que el gato termina atormentando tanto a Ana que esta le pide a su esposo que compre veneno. El protagonista evidentemente no quiere líos, y además, como se dijo, les tiene cariño a los gatos, así que no le presta atención. Pero un día ella misma lo comprará y luego lo dejará regado en el jardín. La trama crece en tensión para desembocar en un final bien logrado. En el cuento se capta una construcción sólida de personajes, una trama definida, clara, y un manejo de la historia de principio a fin.

Este cuento pudo haber sido el raseo para determinar la calidad de cada

cuento de *Espiar a los felices*. De hacerlo así, se podría haber hecho una selección diferente. La clave es diferenciar lo que sería una simple anécdota de lo que es un cuento. Olvidemos aquellos consejos de muchos buenos amigos cuando dicen: “Te tengo una historia fenomenal para un cuento”. Porque no siempre, tampoco, lo extraordinario necesariamente es materia prima para sentarse a escribir un relato. Y entrados ya a hablar más específicamente del oficio de la escritura, el creador debe ser consciente del momento en que, al sentarse a recrear una historia, emerge el cuento. Es necesario diferenciarlo de ejercicios cotidianos, por mucho que las amistades literarias te digan, dándote un golpecito en el hombro, que “no está mal”.

Pasemos ahora a desgranar algunos de los fallos del libro. Hay narraciones que se quedan cortas, son pinceladas que no terminan cubriendo el lienzo. Se nota que hay una intención, como en “El dios maligno”, de hablar sobre la sordidez del mundo que experimenta un chico en Buenaventura, pero resulta solo un atisbo de cuento; es decir, no se plantean cuestiones más allá de lo que literalmente anota el autor. Los temas del bajo mundo, la sordidez, las drogas, son además comunes en este y otros cuentos de *Espiar a los felices*.

Sucede algo similar con “Zapping”. El autor vuelve con su preocupación por la violencia del país, en este caso para narrar la explosión de un burro-bomba. El cuento trata sobre la distancia, la frialdad en una relación de pareja. Están en casa viendo porno y comienzan a debatir sobre la posibilidad de separarse. Hacen zapping y en las noticias están narrando el terrible acto terrorista que utiliza a un burro cargado con explosivos. Hay un indicio de conflicto, se plantea pero luego se dispersa.

La idea de la cual surge el cuento que le da título al libro, “Espiar a los felices”, es original: comprar una escalera por la que nunca se para de subir. Algo surreal y con lo que cualquier lector podría entrar en un interesante juego de posibilidades. Pero, a medida que Zamudio va dándole un desenlace a la historia, intuimos una fácil metáfora en el planteamiento. El protagonista rompe con su pareja y no tiene empleo, algo que uno podría calificar

como “venirse abajo”. Sus vecinos son felices, mientras él tiene un alma tan gris como la casa donde vive. Como nunca puede llegar al techo de su casa subiendo por la escalera, llama al vendedor y le pide un cambio del producto. Llega a casa y prueba la nueva escalera, parece funcionar. Luego va al muro que linda con la casa de sus vecinos felices y subido en la escalera se sorprende de que estén en medio de una escena nada alentadora. Sabe así que ellos también son infelices, como él. Intenta bajar de esa nueva escalera, pero el problema será ahora no poder llegar nunca al piso. Un recurso que pudo haberse explotado suficientemente, para lograr un buen cuento, se queda solo en una metáfora más que evidente respecto a “estar arriba” o “venirse abajo”.

Al observar varios cuentos al estilo de “Zapping” se pregunta uno si la editorial —o el autor— tendría que haber hecho una selección más rigurosa. Y la respuesta sería sí. *Espiar a los felices* es un libro que puede pasar desapercibido entre el montón de libros de cuentos que actualmente se están editando. Es necesario decantar mucho cada narración, corregirla y, si es el caso, desechar de la selección aquellas que no terminen convenciendo, para lograr una obra más competitiva en el panorama literario nacional. De no hacerlo, se corre el riesgo de que un libro pase sin pena ni gloria por las estanterías de las librerías, que no suscite interés para adquirirlo.

**José Ignacio Escobar**